

Algunas peculiaridades en el lenguaje japonés [2]

DOI: 10.32870/mycp.v6i19.204

Daisuke Kishi*

Semejanzas fonéticas con el español y dificultades para los hispanohablantes

El idioma japonés proporciona a la mayoría de los hispanohablantes cierta facilidad en su aprendizaje. ¿Por qué? A pesar de las discrepancias gramaticales entre el español y el japonés, se puede encontrar bastante semejanza a nivel fonético. En primer lugar, ambos idiomas cuentan con cinco vocales (a, e, i, o, u), aunque la /u/ japonesa es más relajada que la del español. Esta diferencia se podrá aclarar sólo con pequeñas observaciones del movimiento de los labios de los hablantes de cada idioma, pero en este caso es de la menor importancia.

En segundo lugar, el japonés es un idioma totalmente silábico, por eso es lógico que todas las palabras terminen en vocal, salvo la terminación consonántica /-n/. Al tomar en cuenta todas estas combinaciones silábicas en el sistema fonético japonés, podemos encontrar 113 sílabas o moras (Tanaka, 1988: 401-402).¹ Por otra parte, cualquier palabra española es separable silábicamente: *u-ni-ver-si-dad* aunque no termine siempre en vocal, sino también en algunas consonantes.

Ahora bien, para un japonés no es difícil distinguir /*obasan*/ ('tía' o 'señora') de /*obaasan*/ ('abuela' o 'señora grande'). Si un turista de algún país de habla hispana pregunta en una tiendita japonesa a una señora que es la dueña de la local, será mejor que le llame cuidadosamente *jobasan!*, pero nunca *jobaasan!* Sonaría como una grosería, salvo el caso de que la mencionada señora fuera mayor de setenta años o algo así. Otro caso parecido a éste es la diferencia de /*byooiin*/

('hospital') con /*biyooiin*/ ('salón de belleza'); en estos ejemplos hay que advertir que la letra 'y' no se pronuncia igual en japonés que en español, pues no se presenta rehilamiento. Por esta razón 'y' debería pronunciarse como [i] o como [j], estrictamente. En 'hospital' suena como [bjoo'in]; en 'salón de belleza', [bi'joo'in]. También es importante saber que en el japonés no existen diptongos como en el español, ni mucho menos triptongos. Una sílaba puede ser construida por una sola vocal o, a veces, por una sola consonante como /n/ final.

Citaremos en seguida una serie de sonidos que tal vez al lector le parezcan difíciles en la pronunciación:

/tsu/ y /zu/: la primera sílaba se parece al sonido /ts/ nahua, como en *Quetzalcóatl*, por ejemplo /*itsumo*/ ('siempre'), /*tsuki*/ ('luna'), etc. La última combinación quizá sea más difícil para un hispanohablante porque en el español no existe el fonema /z/. El /z/ de /*mizu*/ ('agua') se oye como /s/ española en la palabra *mismo*. Esto es claro, pues en el español la consonante /s/ se convierte en sonora siempre y cuando se anteponga a alguna consonante sonora como /-m/ o /-l/. Así, en el japonés se puede exagerar esta característica.

/shi/ y /chi/: la sílaba /shi/ se puede pronunciar como *she* ('ella') inglesa sin alargamiento vocálico, pero nunca como /si/ española; mientras que con /chi/ es más fácil el asunto, es decir, bastaría con pronunciar como 'chi' de *chiste* o *chico* en español. Que hayamos observado, es muy común la confusión de estos sonidos al menos en los hablantes mexicanos, a través de todos los niveles socioculturales. Creemos que este error se debe, en la mayoría de los casos, al descuido de la pronunciación. La mejor manera para evitar la confusión de estos sonidos es practicar pronunciarlos repetidas veces con más atención. El vocablo

* Investigador del Departamento de Estudios del Pacífico de la Universidad de Guadalajara.

/shichi/ ('siete') será un buen ejemplo para esta práctica.

/h/: el sonido /h/ en la palabra /heta/ [hetá] ('malo para alguna actividad') no se pronuncia como *jeta* en español, sino 'h' inglesa, por ejemplo como *head* o *heavy*. Desde el punto de vista dialectológico, dentro del sistema fonético español podremos hallar el sonido [h] del japonés, o por lo menos uno muy similar, en algunas zonas caribeñas y de Centroamérica, donde se puede observar la aspiración de 'j': *jefe* > /hefe/; *Jorge* > /horge/. Como lo menciona Moreno de Alba (1988: 159-162), incluso en México, particularmente en la costa de Guerrero, Veracruz y Tabasco se encuentra un fenómeno parecido a éste: *tenemos* > /tenemoh/. Así es que para muchos hispanohablantes no será difícil dominar esta pronunciación.

'ya' - 'yu' - 'yo': no se pronuncian como *ya está* ni *yo soy Fulano* en español, sino como /ia/; /iu/; /io/, respectivamente. Citaremos aquí unos ejemplos: *teppan-yaki*, *Oyuki*, *Toyota*, etcétera. En otros términos, en el idioma japonés con la letra 'y' no existe rehilamiento.

En cuanto a la acentuación, es preciso recordar primero que existen dos tipos de acentos: los de intensidad y los tónicos. Al primer grupo pertenecen el español y muchas otras lenguas indoeuropeas. Al segundo, pertenecerán el chino, el japonés, etcétera. Los acentos tónicos no son tan notorios como en el español. La palabra /hashi/ tiene varios significados, entre los cuales [háši] quiere decir 'palitos japoneses', en cambio [haší] puede significar 'puente', por lo general, aunque cuenta con otros valores dependiendo del contexto o del *kanji* (carácter chino) que se emplee. Con otro vocablo, /ame/, pasa lo mis-

mo. Si se pronuncia como [áme] se refiere a la 'lluvia'; y como [amé], ya indica 'dulces macizos' o 'caramelos'. ¿Dichas palabras presentan, pues, polisemia? La respuesta es no. En primer lugar, varían de significado de acuerdo con la acentuación. Es muy raro que en estos casos los japoneses confundamos el significado, porque aparte de la diferencia de los acentos sabemos distinguir una palabra de otra visualmente; es decir, como acostumbramos escribir muchas palabras con *kanjis*,² o por lo menos los combinamos con *hiragana*, lo memorizamos de una manera visual. De ahí que la distinción de dos o más significados sea más sencilla de lo que se imagina; además el contexto puede ser un medio de ayuda para la diferenciación de los significados.

Una característica léxica del japonés: abundancia onomatopéyica

En este estudio no presentaremos todos los rasgos léxicos del japonés, sino que nos limitaremos a un aspecto que se conoce con el nombre de "onomatopeya".³ Este fenómeno es uno de los aspectos más característicos de la lengua japonesa, aunque haya fenómenos similares en algunos idiomas asiáticos, por ejemplo, como el indonesio.

Un hispanohablante e incluso casi todos los extranjeros, al empezar a estudiar japonés, se sorprenderán de su riqueza léxica, la cual se encuentra estrechamente relacionada con la naturaleza del país. Tal vez lo más representativo de esta riqueza sean las palabras onomatopéyicas. El canto del gallo en español es *quiquiriqui*; en francés, *cocorico*; en inglés, *cock-a-doodle-doo*; en japonés, *kokekokoo*. El ladrido del perro sería *guauguau* en español; en francés, *ouah-ouah*; en inglés, *bowwow*; en japonés, *wanwan*. Estas palabras

**En el japonés
abundan las palabras
onomatopéyicas,
pues es probable que
se deba a que los
japoneses hayamos
llevado una vida muy
relacionada con la
naturaleza**

Temas varios del Pacífico

se podrán considerar universales a pesar de la pequeña diferencia fonética entre sí. En el japonés la inmensa cantidad de vocablos onomatopéyicos se refieren al estado de algún objeto o de algunos fenómenos naturales, así como al sentido fisiológico de los seres humanos: *zara-zara* ('rasposo'); *tsuru-tsuru* ('resbaloso' o 'sedoso'); *kachi-kachi* ('durísimo'); *chiku-chiku* ('punzante'), etcétera.

En la expresión *ame ga para-para huttekimashita* ('empezó a llover chipi-chipi'), el adverbio *para-para* expresa el estado de la lluvia en muy poca cantidad. Lo interesante es que se puede observar cierta semejanza con el español de México; en otras palabras existe también alguna abundancia en palabras onomatopéyicas: *chipi-chipi*, *chichis* (de origen náhuatl, por el sonido de succión), etc. En Japón, en el lenguaje familiar o infantil, se oye *onaka pon-pon (desu)* para referirse a 'estar satisfecho', y en caso contrario *onaka peko-peko (desu)*. Es importante saber que estas dos tienen función adjetiva.

Hay otra serie de onomatopeyas, siendo adjetivos, que se convierten en verbos. Cuando van acompañados de la terminación verbal *-suru*, esas palabras se hacen verbos onomatopéyicos. Por lo menos les podríamos llamar así. Si uno dice: *te ga beta-beta suru*, significa que 'la(s) mano(s) está(n) pegajosa(s)'; pero hay que fijarse que en la expresión *te ga beta-beta ni naru* se presenta cierta diferencia de matiz, es decir significa que 'la(s) mano(s) se va(n) a poner pegajosa(s)'. Desde el punto de vista semántico, con aquella terminación, *-suru*, se trata simplemente del estado de algún objeto o alguna parte del cuerpo, mientras que *-ni naru* le da matiz del cambio de algún estado. Citaremos aquí unos ejemplos:

- (a) *Kaminoke ga sara-sara ni natta.*⁴
- (b) *Huton wa⁵ hi ni hosu to hua-hua ni naru.*
- (c) *Ame de huku ga bisho-bisho ni natta.*
- (d) *Tsukue ga gata-gata suru.*

La frase (a) se refiere en mayor o menor grado a que 'el cabello se hizo sedoso'. En este

caso el estado del cabello de esa persona nos da una impresión no sólo óptica, sino también táctica. Es interesante anotar que se puede aplicar *sara-sara* al siguiente caso: *chi ga sara-sara ni natta* ('la sangre se hizo muy limpia'); aquí no se trata del estado 'sedoso' de la sangre, sino que supuestamente algún tratamiento hizo que la corriente de sangre fuera normal sin colesterol, por lo tanto la sangre corre con limpieza y tranquilidad por las venas como si fuera un río de seda.

La frase (b) quiere decir que 'los colchones japoneses *futones* se ponen esponjosos cuando los asoleamos'. En este caso *hua-hua* nos puede proporcionar también una idea visual-táctica de 'estar esponjoso como algodón'. En la frase (c) *bisho-bisho* se refiere al estado 'empapado' de alguna persona o algún objeto, por lo tanto la frase en mención quiere decir que 'por la lluvia la ropa quedó empapada'. La expresión *gata-gata* en el ejemplo (d) se puede usar cuando algún objeto (muebles, aparatos), en particular una parte de él, está en estado 'flojo'; de esta manera la frase (d) significa que 'la mesa está floja', pero nos da cierta sensación del sonido de la mesa producido por estar floja.

Por último, vamos a analizar si existe realmente alguna correlación entre los sonidos y las palabras onomatopéyicas. Según Saussure, el signo lingüístico es arbitrario; por ejemplo, para referirse a un 'perro', se dice de diferente manera en cada idioma: *dog* (en inglés), *chien* (en francés), *cão* (en portugués), *cane* (en italiano), *inu* (en japonés), etcétera. Cuando uno empieza a aprender un idioma extranjero totalmente distinto al suyo, por lo menos al principio, le sonará como ruido. Todo esto nos facilita pensar que el lingüista suizo tiene toda la razón. Pero ¿se podría aplicar su hipótesis a todos los fenómenos lingüísticos?

Tamori (1989: 32-37) ha investigado sobre la posible relación de algunas palabras onomatopéyicas con el significado. En la dicotomía de consonantes: sonoras-sordas parece observarse cierta correlación. Veamos el siguiente cuadro:

	Menor	Mayor
Ruido	<i>tonton</i>	<i>Dondon</i>
Tamaño	<i>korokoro</i>	<i>Gorogoro</i>
Cantidad	<i>taratara</i>	<i>Daradara</i>
Intensidad	<i>petapeta</i>	<i>Betabeta</i>

Un par de ruidos: /*tonton*/ - /*dondon*/ es lo que se oye o lo que se siente en los oídos de los japoneses cuando alguien toca la puerta. No varía el significado fundamental de uno a otro, pero sí se presenta un matiz diferencial entre los dos sonidos. Si decimos *dondon*, se sabe tácitamente que están tocando la puerta con más fuerza. En la dicotomía: /*korokoro*/ - /*gorogoro*/, cuando algún objeto pequeño empieza a rodar se usa el adverbio *korokoro*, en cambio la palabra *gorogoro* nos ofrece una idea o sensación de que un objeto más grande, como una roca, está rodando. Cuando alguien está sudando y quiere expresar lo que realmente está sintiendo, se le agrega el adverbio *taratara* y, si es mucha la cantidad, se usa *daradara*. Ahora bien, cuando algún objeto está 'pegajoso' se le dice /*petapeta*/: *te ga petapeta suru* ('la(s) mano(s) está(n) pegajosa(s)'). Y si está 'excesivamente pegajosa' esa palabra se convierte en /*betabeta*/, o sea, el grado de la intensidad de 'estar pegajosa' es mayor.

Con todo esto se deduce que las palabras onomatopéyicas con los sonidos sonoros /*b* - /*d* - /*g*/ se refieren a que los fenómenos causados por alguna acción tengan mayor ruido, tamaño, cantidad e intensidad que las de consonantes sordas /*p* - /*t* - /*k*/ . Esta tendencia se puede encontrar incluso en las vocales. Por ejemplo, cuando los japoneses comen una galleta llamada *senbei*,⁶ se expresa el ruido de mastigarla con el adverbio onomatopéyico *boribori*, cuyo movimiento nos parece muy educado y elegante; en otras palabras, nos da una imagen de que la persona la está comiendo con la boca cerrada. Sin embargo, si usamos *baribari* se puede imaginar que aquella persona lo hace con la boca abierta. La vocal /*a*/, por lo menos en el japonés, parece mantener

una relación con los movimientos y ruidos más grandes que la /*o*/.

Lo interesante es que este fenómeno vocálico coincide, hasta cierto punto, con la dicotomía: aumentativos-diminutivos de la lengua española. Por ejemplo, si *un libro* tiene un volumen o tamaño más grande que el normal, será *un librote*, y en caso contrario *un librito*. Podemos citar unos ejemplos similares: *casota* - *casita*, *cabezón* - *cabecita* y otros más. Los aumentativos españoles /-*ote*/, /-*ota*/ u /-*ón*/ normalmente indican un 'tamaño o espacio grande', mientras que los diminutivos /-*ito*/ e /-*ita*/, un 'tamaño o espacio pequeño'. Como acabamos de observar, los aumentativos contienen la vocal /*o*/, en cambio los diminutivos cuentan con /*i*/ . ¿Qué quiere decir todo esto? La vocal /*a*/ está más abierta que /*o*/ y de la misma manera /*o*/ está más abierta que /*i*/ . En resumidas cuentas, las vocales, mientras más abiertas, parecen indicar mayor grado, tamaño o espacio que las vocales cerradas, al menos en estos casos.

Conclusión

A través de ciertas observaciones lingüísticas, hemos visto que en el idioma japonés (quizá les parecía totalmente heterogéneo a la mayoría de los lectores hispanohablantes), existen algunas similitudes con el español. Desde el punto de vista fonético se puede presentar una cuasi-homogeneidad vocálica. Con respecto a las dificultades de la pronunciación de algunos sonidos o combinaciones fónicas, cualquier lector, en la mayoría de los casos, podrá evitar errores y confusiones al ser cuidadoso en la pronunciación.

En lo que se refiere al aspecto léxico, habrá que tomar en cuenta la cultura con la que se encuentra íntimamente vinculado el lenguaje. En el japonés abundan las palabras onomatopéyicas, pues es probable que se deba a que los japoneses hayamos llevado una vida muy relacionada con la naturaleza. En otras palabras, somos sensibles a los fenómenos naturales del medio ambiente que nos rodea, aun en los últimos tiempos, a causa de la

Temas varios del Pacífico

civilización acelerada donde estamos, tal vez hayamos olvidado esa sensibilidad.

Notas

- 1 De acuerdo con Kindaichi, existen nada menos que 133 moras, ya que incluye aquellos extranjerismos que fueron aceptados en forma reciente.
- 2 A últimas fechas los jóvenes tienden a escribir más con *hiragana*, ya sea por descuido o porque simplemente no se acuerdan de los *kanjis* correspondientes, pues los medios de comunicación determinantes para ellos son ahora el celular o correo electrónico, y no tienen que escribirlos de manera manual.
- 3 Es una “formación de palabras o simplemente grupos de fonemas por imitación de los ruidos naturales” (Morales, 1986: 118).
- 4 La terminación verbal *-ta* indica siempre una acción en ‘pasado’. (Véase Kishi, Daisuke. “Algunas peculiaridades en el lenguaje japonés”, *México y la Cuenca del Pacífico*, vol. 6, núm. 18, pp. 92-93).
- 5 En japonés existen básicamente dos partículas de sujeto: *-wa* y *-ga*. En términos generales la primera partícula se usa cuando el sujeto del enunciado se refiere a la generalidad, en cambio la última se emplea cuando el hablante quiere especificar algo o dar un tono de énfasis al asunto.

- 6 Las galletas japonesas llamadas *senbei* son aquellas que se hacen de harina de arroz, casi siempre con sabor a salsa de soya medio dulce o con simple sabor a ligera sal. Tradicionalmente se comen acompañadas de té verde alrededor de las tres de la tarde como tentempié.

Bibliografía

- Kishi, Daisuke (2003) “Algunas peculiaridades en el lenguaje japonés”, en *México y la Cuenca del Pacífico*, vol. 6, núm. 18, enero-abril, pp. 92-95.
- Moreno de Alba, J. G. (1988) *El español en América*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Morales, O. (1986) *Diccionario básico de terminología gramatical*. Madrid: Payor.
- Tamori, Ikuhiro (1989) “Onomatopoeia o megutte” (“En torno a las onomatopeyas”), en *Gengo (Lengua)*, vol. 18, núm. 11. Tokio: Taishukan-shoten.
- Tanaka, H (ed.) (1988) *Seibido's dictionary of linguistics*. Tokio: Seibido. 